

MENDIGOS

1

A la puerta de la catedral, cerca del mendigo habitual, aquella mañana apareció un mendigo nuevo, un mendigo apuesto y con mucha clase, de unos treinta años, vestido con un traje de etiqueta, tocado con un sombrero de copa y calzado con zapatos españoles. Estaba sentado sobre un pañuelo con sus iniciales, para no mancharse de polvo, orín o melaza de cerveza. Parecía un gentleman, o quizás fuese un gentleman metido a mendigo por avatares del destino.

El deán de la catedral acababa de leer en el periódico local el titular de Economía: *Renovarse o morir*. El artículo explicaba: «Esto no es una simple crisis, es un cambio de modelo. Todos deberemos adaptarnos a los nuevos tiempos».

El párroco vio el *cambio* en la puerta de su propio templo, con el nuevo modelo de mendigo nacido de la crisis, un mendigo competitivo, que cuidaba su imagen, un mendigo que daba gloria verlo.

Por su conocimiento de la condición humana, el párroco previó que las contribuciones de la feligresía al cepillo iban a decrecer a favor de ese mendigo nuevo con tanto gancho, pero por otra parte el mendigo nuevo iba a ser un señuelo que atraería a más devotas a los oficios. El párroco tomó nota de la renovación que requería su misa para atraer otros segmentos de fieles, empezando por un coro de jóvenes con canciones pegadizas, al estilo de los evangélicos.

Y frente a la catedral, las vecinas más madrugadoras se llevaron también una sorpresa agradable al ver por la ventana a ese mendigo nuevo que era el paradigma del buen gusto y la galanura, que les daba los buenos días con una sonrisa y las saludaba levantando el sombrero de copa como un caballero inglés. «¡Qué diferencia entre el mendigo nuevo y el mendigo sarnoso!», decían las vecinas. Mientras el mendigo nuevo echaba un vistazo a la agenda y luego a su reloj suizo, el sarnoso se estiraba en su caja de cartón, bostezaba sin educación y se espatarraba sin recato. «¡Qué diferencia!» Había que inventar un término para designar al nuevo tipo de mendigo. Una lo llamó el mendigo Dandy o simplemente el Dandy, aunque no renunciaban a conocer pronto su nombre de pila y una dijo que el nuevo mendigo tenía cara de llamarse Gregory, porque se daba un aire a Gregory Peck, incluso en su complejión y altura.

Hasta entonces, la mayoría de los paseantes evitaban la acera del mendigo sarnoso, pero ahora era la más concurrida porque todos querían ver de cerca al mendigo Dandy, con su estampa de dignidad y glamour, mezcla de Diógenes el Cínico y Beau Brummel.

El mendigo Dandy infundía mucha más pena porque no era mendigo profesional y dejaba patente la injusticia de la vida y la tragedia que le había sobrevenido. La gente se veía reflejada en él, temía de pronto los reveses de la fortuna, y pensaban que debían ser generosos con aquel hombre. Las mujeres eran las más comprensivas y dadivosas. Las ciudadanas se atusaban con disimulo antes de pasar ante el mendigo Dandy, y con su mejor sonrisa le daban limosnas espléndidas, que ellas llamaban, para no herirle en su orgullo, *contribuciones*. Las damas se acercaban primero al mendigo sarnoso y le echaban una moneda, como para

entretener a la fiera, y luego iban donde el mendigo Dandy, le daban la mano y le metían con disimulo un billete en el bolsillo de la chaqueta, que él se negaba a aceptar, pero ante la insistencia de sus benefactoras aceptaba con una sonrisa de gratitud. Algunas de esas mujeres, por temor a que el noble mendigo compartiera la limosna con el sarnoso, le daban limosna *en especie*: una entrada para la ópera, un nuevo traje de etiqueta con sus complementos, o discos con canciones de Leonard Cohen o Kiri Te Kanawa.

Pero con quien más congenió el Dandy fue con las veinteañeras del coro que amenizaban y llenaban de frescura con sus cantos y risas joviales la catedral en la mañana dominical, según el plan de renovación del párroco.

El primer día en que las chicas del coro se toparon con el mendigo Dandy, comenzaron a sonreír y cuchichear en corros, quizás a jugar a las diferencias entre los dos mendigos. Con su descaro, las jóvenes le confesaron que no se creían que fuese un mendigo, que lo habían pillado, y le prometieron que no se irían de la lengua si les confesaba la verdad, por ejemplo que en realidad era un agente secreto de su majestad la reina de Inglaterra. Pero el mendigo sólo sonreía sin soltar prenda, lo que le hacía todavía más interesante a los ojos de las jóvenes. Y las chicas comenzaron a hacerse fotos con él, incluso con su sombrero de copa prestado. Y al final todas se saltaron la primera misa, y se sentaron alrededor del Dandy a cantar y tocar con la guitarra viejas canciones-protesta con letras adaptadas a las nuevas guerras y a nuevos peligros como el cambio climático.

En medio del festival, el mendigo sarnoso tuvo que tocar la flauta para llamar la atención de los feligreses que acudían a misa. Y las chicas le echaron de inmediato unas monedas para que guar-

dase la flauta. El Dandy sonrió, y comentó, con flema inglesa, la relación inversa entre el mendigo y las máquinas tocadiscos, pues en esas máquinas se metían monedas para que sonase la música, mientras que al mendigo sarnoso le echaban monedas para que no se le ocurriera tocar ni una nota.

2

Como cada mañana, el Dandy llegó con la cartera de su ordenador portátil y echó un vistazo a la prensa. A su lado, el mendigo sarnoso no tenía nada que hacer, ya no daba lástima sino risa, estaba definitivamente acabado. El mendigo sarnoso lo sabía y ese día se sinceró con El Dandy:

—Dinero llama a dinero. Ya me lo dijeron mis padres: si hubiera estudiado como tú, otro gallo me hubiera cantado.

Dicho esto, el mendigo sarnoso sacó su herramienta de trabajo, un pífano de kiosco, y comenzó a tocarlo. El Dandy, que debía de saber piano y haber escuchado a las más célebres orquestas sinfónicas, hizo un discreto gesto de desaprobación con las cejas, se puso con disimulo los auriculares de su smartphone y bebió un poco de agua mineral baja en sodio. En ese momento el sarnoso dejó de tocar y le tiró un brindis al Dandy con su lata de cerveza que se bebió de un trago soltando al final un eructo. A lo que el Dandy, con gran dignidad, contestó conforme a la etiqueta francesa: «Bon appétit».

El mendigo sarnoso estaba parlanchín cuando empinaba el codo, y preguntó al Dandy por su profesión, su profesión antes de hacerse de la competencia.

—Profesor de Filosofía.

—¿Te despidieron?

—Sí.

—¿Por qué te despidieron?

—Digamos que por... *heterodoxo*. Pero mis alumnos no me han olvidado, alguno ha tomado mi sitio en las ágoras de España.

El mendigo sarnoso iba a preguntarle qué significaban heterodoxo y ágora, y como no quería parecer un ignorante, sacó el pí-fano y se puso a tocar. Pero antes de que acabara el segundo compás, le llovieron monedas de los balcones de las casas, para que suspendiera de inmediato el concierto, pues el Dandy se estaba quedando traspuesto y tenía derecho a dar una cabezadita.

El mendigo Dandy caía bien a todo el mundo, y todos se prestaban a ayudarlo. Nunca faltaba quien le guardara el puesto mientras se daba una vuelta para estirar las piernas, iba al WC del parque, o se acercaba al centro comercial a comprar fruta o a recoger en la lavandería la ropa. Los vecinos del Dandy le traían cargadas las baterías de sus electrodomésticos portátiles, le traían los magazines ingleses para que no perdiera su nivel de inglés, y echaban alrededor de su puesto ambientador y desinfectante para hacerle más soportable su vecindad con el mendigo sarnoso.

En aquellos días, el mendigo Dandy alcanzó gran popularidad según revelaron las encuestas. Incluso su puesto en la catedral figuraba en el itinerario del autobús turístico. Los maestros llevaban a sus alumnos a dibujar ese rincón tan de moda en la ciudad por ser el lugar de trabajo del mendigo Dandy. Y si a algún niño se le preguntaba qué quería ser de mayor, dudaba entre bombero, Superman o mendigo Dandy.

En medio de la aguda crisis, las cosas en política se estaban poniendo muy difíciles. Por eso el candidato a la alcaldía se hizo una foto chocando los cinco con el mendigo Dandy, y declaró ante la televisión local que bajo su mandato habría más mendigos

como el Dandy. Y el nuevo policía de barrio pensó que el Dandy podía ser blanco fácil del crimen organizado, y se acercó un día a él para presentarse y preguntarle: «¿Va todo bien por aquí?».

El Dandy se había buscado un puesto de trabajo letárgico con el que sobrevivir hasta que pasara la crisis. El Dandy no era un vago como el sarnoso. El Dandy trabajaba, era muy activo con su ordenador portátil. Se decía de él que era escritor y realizaba trabajo de campo para una novela o una incisiva pieza teatral en las que levantaría acta de las convulsiones sociales de las que estaba siendo testigo desde la calle. Otros decían que era un ideólogo, un bloguero o un periodista freelance 2.0, e incluso que el Dandy era un espía que venía del Este. Lo único cierto es que el Dandy hablaba con todo el mundo y estaba enganchado a Internet.

En mayo de 2011 el mendigo Dandy estuvo muy atento a los acontecimientos sociales, en especial al movimiento del 15-M, llamado también de *Los Indignados*. El movimiento no tenía dirección de campaña ni empresa de comunicación contratada, pero sus eslóganes eran frescos, potentes y fértiles como la propia juventud y la propia primavera. Parecía que los jóvenes no eran, como se decía, ese rebaño dócil y manejable sumido en las nuevas drogas de síntesis y el botellón. Los analistas contratados por las dos formaciones mayoritarias coincidían en que aquellos jóvenes sabían demasiado, porque lo habían aprendido en Internet, descargándose libros, canciones, películas... Sin descartar que tuvieran algún líder de última generación, mitad hacker, mitad soldado.

Entonces corrió el rumor, cada vez más insistente, de que el mendigo Dandy era uno de los líderes de estas protestas para-políticas que pretendían influir en las elecciones y conquistar el poder sin pasar por las urnas. El rumor se convirtió en sospecha, y la sospecha en acusación cuando una mañana apareció un gra-

ffiti en plena fachada de la catedral con este mensaje: «Han convertido mi casa en una cueva de ladrones». La pintada la firmaba Jesús de N@zareth.

El párroco de la catedral explicó a la prensa que era imposible que el autor fuera Jesús de Nazareth, y todas las sospechas cayeron sobre el Dandy, que fue detenido. En su declaración, el mendigo Dandy dijo sobre el graffiti que «una cosa era que lo suscribiera y otra que lo escribiera, porque él no escribía obviedades». Y los policías, desconcertados, lo soltaron por falta de pruebas.

3

Llegaba el otoño y la crisis se acentuaba. Había ya un ejército de parados y de ciudadanos respetables que ahora se veían en la necesidad de pedir limosna, practicar pequeños hurtos, o incluso venderse ellos mismos. La calle se llenó de mendicidad y de prostitución no profesional, masculina y femenina, joven y no tan joven.

En esta coyuntura, el candidato partidario de los mendigosdandies resultó elegido para poner orden en el municipio. En su primer bando, el alcalde anunció la persecución de los delitos y también la prohibición de la mendicidad, porque ponía en peligro la imagen de la ciudad que demandaban los comerciantes e inversores que vivían del turismo. Conforme a lo prometido en su programa electoral, el alcalde decretó que permitiría sólo a los mendigos que, como estatuas vivientes de ciudadanos respetables, no pareciesen mendigos. Y en un bando advirtió de que, en el momento en que un mendigo dejara de cumplir con los requisitos para pedir en la calle, de acuerdo con la imagen que exigía el mu-

nicipio, sería retirado de la vía pública y llevado al campo. «Al campo.» Sin especificar si era un campo de trabajo o el mismo campo a secas, el campo de toda la vida, el campo con su pradera, su sol y su riachuelo con su puentecito.

Ese otoño, el mendigo sarnoso y todos los de su clase emigraron al subsuelo de la ciudad para compartir las alcantarillas con las ratas. Y las calles se llenaron de mendigos y mendigas tan glamourosos como el Dandy, que había inspirado el eslogan del alcalde: *Mendigos bonitos, ciudad bonita*.

Atractivos desempleados de ambos sexos (arquitectos, ingenieros, artesanos, carpinteros, albañiles o armadores), y ahora todos mendigos, pero todos impecablemente vestidos y perfumados, en buena forma, joviales y sonrientes, hacían las delicias de los paseantes no desempleados, alegraban su vista y su oído. A cambio, los vecinos les ingresaban donativos generosos en sus cuentas corrientes e incluso les invitaban a sus fiestas, y entre los industriales les patrocinaban sus trajes de boutique, sus tratamientos cosméticos y hasta sus vacaciones en la costa a cambio de posar para sus anuncios en la televisión local.

La ciudad llegó a contar con un gran número de mendigos dandys y mendigas chics que tocaban el piano en los parques, jugaban al ajedrez, al badminton o al voley-parque, declamaban versos de Yeats o Kavafis, participaban en las redes sociales, e incluso concurrían, por votación popular, al *Certamen de Miss/Mister Mendigo del Mes*.

Pero con la crisis en caída libre llegó a haber más parados que empleados. Las limosnas se redujeron tan drásticamente como los presupuestos del Ayuntamiento. Las lavanderías, bares y otros establecimientos que se habían beneficiado del turismo de la *ciudad con los mendigos más sexys del mundo*, dejaron de prestar servi-

cios gratuitos a los nuevos mendigos que atraían los turistas, y los banqueros no daban créditos más que a los mendigos inversores, que lo hacían con cantidades simbólicas, como pasatiempo, pues no hace falta decir que estaban también en paro.

La primera generación de mendigos de pedigrí (y a la cabeza, la figura modélica del primer mendigo dandy) fue decayendo, deteriorándose, perdiendo el brillo, tornándose gris, oliendo a sudor y a mugre, enfermando, deprimiéndose, alcoholizándose y perdiendo todo el atractivo y sex appeal.

El alcalde tenía una manía patológica, propia de dictadores, consistente en unir el embellecimiento de la ciudad con el de sus gentes, confundiendo y fundiendo la belleza escenográfica de la urbe con la belleza coreográfica de sus ciudadanos. Y por eso hizo cumplir, sin vacilar, lo previsto en su programa de *Embelllecimiento del mobiliario humano de la ciudad*. La consecuencia fue que los mendigos en decadencia fueron reemplazados por otros nuevos y frescos recién despedidos, para renovar «las existencias de mendigos». Los antiguos mendigos dandys y mendigas chics fueron retirados en camiones y llevados al campo. Y el campo a donde se los llevaban era el campo en los dos sentidos amalgamados: un campo de concentración campestre. Allí, los mendigos despedidos iban a hacer, en su último periodo útil de vida, de estatuas vivientes campesinas o, contextualizando, de espantapájaros humanos.

Los campesinos terratenientes vieron así sus campos de trigo protegidos por mano de obra esclava que, por un cantero de pan con cebolla y un botijo de agua al día, tenían la obligación de espantar pájaros, trabajando de sol a sol, lloviese o soplase un vendaval. ¡Qué distinto del campo bucólico y amable, ese campo en libertad para recorrer los senderos, beber el agua fresca de la fuente y tumbarse en la solana a sestar...!

Espantapájaros humanos, con grotescos trajes de gentleman o de amazona de la nobleza inglesa hechos jirones, salpicaban los sembrados de llanos y laderas, sucios y sedientos, cegados por el sol, y con la piel quemada por los rayos y ajada por el viento; espantapájaros humanos que movían de cuando en cuando los brazos para que los pájaros no robasen el grano de los amos, y los buitres, que volaban en círculo al acecho, no les tomaran a ellos por moribundos y los atacasen.

Algunos turistas rurales les tiraban fotos. Un patrón agrícola se acercó para advertirles como cicerone:

—Buenas, señores: tengan cuidado con los espantapájaros humanos. Eran unos señoritos que fueron a la universidad y se torcieron. Para eso sirve la universidad. Eso les enseñan en la universidad. Y encima la pagamos todos.

Ante el asombro de los turistas, el propietario agrícola continuó con sus explicaciones:

—¡Vamos, que querían volver a expropiarnos las tierras, estos nuevos radicales de Internet! Ahí donde los ven, son revolucionarios. Andaban en el parque de la ciudad con los ordenadores y jugando todo el día, comiendo la sopa boba. Hasta que en la ciudad se cansaron y nos los mandaron a nosotros. Si sobreviven al invierno, les aseguro que aprenderán la lección.

El dueño de la explotación los guió hasta un maizal cercado con alambre de espino, donde se alzaban tres postes con tres mendigos atados: el del centro era Gregory. Parecían enfermos, deprimidos, tenían la ropa hecha jirones, sucia de polvo y excrementos de aves. Les habían cruzado la cara a cintazos y amoratado el cuerpo a garrotazos para doblegar su altivez; les habían tapado la boca con una venda, que se veía ensangrentada, para acallar sus arengas de resistencia a los otros.

—Estos tres son los más peligrosos —señaló el campesino—. Les hemos tenido que cortar sus lenguas viperinas con las que manejaban a los demás. Eso es lo que aprenden en la universidad: a revolver; que de eso viene revolución: de revolver, como dice don Tirso, el cura.

Una turista que pertenecía a una sociedad protectora de animales, tomó unas fotos con su smartphone, que subió a Facebook y a Twitter para denunciar los hechos. Un chico quiso tirar también una foto para poner en su estado de Facebook, pero su padre le quitó el teléfono y le reprendió al oído:

—¡No está la cosa para jugar a los héroes!... ¿O es que quieres ser tú el próximo?